

JAUME FUNES **QUIÉREME...** **PERO NECESITO** **QUE ME** **CUENTES MÁS**

**CÓMO EDUCAR PARA DAR BESOS
Y ABRAZOS, PASAR DE LAS
DROGAS Y SER PERSONA EN
UN MUNDO DIGITAL**



DESTINO

Jaume Funes

Quiéreme... pero necesito
que me cuentes más

Cómo educar para dar besos y abrazos,
pasar de las drogas y ser persona
en un mundo digital

© Jaume Funes, 2020

© Editorial Planeta, S. A. (2020)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

© Columna Edicions Llibres i Comunicació, S. A. U., 2020

De la traducción del catalán: © Manuel Pérez Subirana, 2020

Primera edición: junio de 2020

La traducción de esta obra ha contado
con una ayuda del Institut Ramon Llull.

LLL institut
ramon llull
Lengua y cultura catalanas

ISBN: 978-84-233-5770-3
Depósito legal: B. 8.946-2020
Impreso por CPI (Barcelona)
Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

Prólogo en cuarentena	17
Puede parecer que no tengo palabra	21
El peligro de mirar realidades nuevas con ojos envejecidos	21
Educar para gestionar la vida en un mundo desconocido	23

I. NECESITAN BESOS. PERO POBRE DE TI SI LES INTENTAS DAR UNO

Padres menos desesperados y profesionales menos perdidos	29
Besos y proximidades	31
Resulta que no lo hago tan mal	32
Conseguir que tengan buena prensa, que no sean los hijos de otro	33
También los padres y las madres se rebotan	34
Cuando comprender no es otra cosa que mirar acogedoramente	35
Siempre soñamos con un poco más de tutela	37
Primero vemos los problemas. Las miradas asustadas	38
Un primer final que no siempre es el esperado	40

Aplicar protocolos y no observar vidas	41
Radicales fuera y sumisos en casa	43
¿Qué hacemos cuando todo se complica?	45
Profesores y profesoras más solos que sus adolescentes	47
Las otras adolescencias	48
El entendimiento y el relax son posibles.	50

II. EL REPASO: SON ADOLESCENTES E INTENTAMOS
EDUCARLOS

La adolescencia explicada a los adolescentes	54
--	----

III. APRENDER EL PLACER DE QUERER,
DAR BESOS Y ABRAZOS

El tiempo de las primeras veces	61
La condición sexual del adolescente.	64
<i>Un cuerpo con deseos y deseado</i>	64
<i>Descubrir y experimentar los comportamientos sexuales</i>	66
<i>La dificultad de cada uno para ir a su ritmo</i>	68
<i>Tiempo de amor y desamor</i>	69
<i>Sexo socialmente construido</i>	71
Las preocupaciones y las alarmas de los adultos	72
<i>Un primer ejercicio de realismo</i>	73
<i>El territorio de las angustias.</i>	75
<i>Vivir la propia sexualidad y educar la de los adolescentes</i>	78
<i>Adultos que vulneran derechos y dejan solos a los adolescentes</i>	81

Los almacenes de los atractivos, los valores y los comportamientos	83
<i>Nuevos y viejos educadores sexuales</i>	85
<i>Sexualidad con música</i>	87
<i>Una sexualidad de series</i>	91
<i>El porno forma parte de la lista de descubrimientos</i>	94
Pactemos los componentes de la sexualidad	96
<i>Si nos aclaramos, se aclararán</i>	96
<i>Sexo, orientaciones sexuales, prácticas de la sexualidad</i>	99
<i>También somos formas de amar</i>	102
Algunas concreciones para una propuesta educativa .	104
<i>Un objetivo teniendo en cuenta la diversidad</i>	104
<i>La lista de las preocupaciones razonables</i>	107
<i>No se trata de programar conferencias</i>	111
<i>Territorios para la influencia educativa</i>	113
<i>El programa escolar y los adultos que escuchan</i> . .	115
<i>Educar en casa entre los diversos agobios del día a día</i>	117
<i>Territorios de diálogo y conversación</i>	119
Más propuestas sobre los contenidos de la educación sexual	122
<i>Educar deseos y placeres</i>	122
<i>Adolescentes enamorados que se van a la cama (o no)</i>	124
<i>Amores, desamores y rupturas</i>	128
<i>Experiencias que siempre dejan huella</i>	130
<i>Aprender a protegerse</i>	131
<i>No tienes edad para el sexo. Siempre has de tener valores</i>	133
<i>Gestionemos el porno</i>	136

IV. APRENDER A DESCUBRIR QUÉ LUGAR HAN DE OCUPAR
LAS DROGAS EN SU VIDA

Vivir en un mundo de drogas.	141
<i>Educar la felicidad, o cómo pasar de las alarmas a las preocupaciones.</i>	141
<i>Posos educativos de una historia de atención a los usos de las drogas.</i>	143
<i>Adultos que educan y utilizan drogas.</i>	146
De qué hablamos cuando hablamos de drogas.	149
<i>Una droga es una droga.</i>	149
<i>Saber cómo funcionan para saber cómo usarlas (o no).</i>	154
<i>Unas primeras razones para pensar que las drogas pueden crear problemas</i>	158
<i>Un universo con muchas más dimensiones.</i>	160
<i>No se trata (principalmente) de educación para la salud.</i>	163
Los usos adolescentes. Sus argumentos y nuestros problemas	165
<i>Del no a las drogas al consumo responsable.</i>	166
<i>Un mundo de atractivos y miedos</i>	168
<i>Divertirse libremente</i>	170
<i>Los usos problemáticos en la adolescencia</i>	172
<i>Salir, dar vueltas, pasárselo de primera</i>	175
<i>La maría no es mala porque es legal.</i>	177
<i>De los hippies al cultivo en interior</i>	178
<i>Un apunte sobre el cannabis</i>	180
<i>Datos y argumentos porreros.</i>	181
<i>Trastornos y otras dificultades</i>	182
<i>Educar cuando el cannabis esté regulado de manera no penal.</i>	185
Es legal, pero es una droga.	191

<i>Comencemos de nuevo por la inmersión en la realidad</i>	191
<i>Educar la convivencia, pero no la tolerancia con el alcohol.</i>	193
Concretando preocupaciones y propuestas	195
<i>Educar entre contradicciones.</i>	196
<i>Prevenir experimentando.</i>	198
<i>Conseguir que la información module la experimentación.</i>	199

V. EDUCAR A PERSONAJES EN LÍNEA, QUE VIVEN EN RED

Adolescentes de la sociedad digital	203
Qué hacen y qué hemos de hacer entre pantallas	205
<i>Alarmas analógicas sobre adolescentes hiperconectados.</i>	205
<i>Ocho universos activos sin respuesta educativa . .</i>	208
<i>Detrás de las pantallas. La realidad olvidada</i>	215
Nuevos y viejos estímulos para el desarrollo	217
<i>No es cierto que se estropeen.</i>	217
<i>Ahora el reto es querer acceder al saber</i>	219
<i>Vivimos tiempos de identidades editables y vidas virtuales</i>	221
<i>Antes hablábamos por teléfono</i>	223
<i>Nuevas versiones de viejos problemas</i>	224
Del universo digital al universo adolescente.	226
<i>E internet se hizo adolescente.</i>	226
<i>Cuando los espejos hablan y puedes sentirte mirado</i>	229
<i>Dar fe de tu existencia, construir un relato de la propia vida.</i>	232
<i>Más que nunca en compañía de....</i>	233

<i>Un mundo de nuevas influencias</i>	235
<i>Una presencia poco pacífica</i>	238
De sus actividades a nuestras propuestas de educación digital	241
<i>Buscar implica hacerse preguntas antes</i>	243
<i>No te fíes nunca de nada de lo que te diga nadie</i>	245
<i>Consejos con palabras jóvenes</i>	248
Construir el bienestar digital	253
<i>El acompañamiento digital</i>	257
<i>Planificar la alfabetización digital</i>	259

VI. NO SABE QUÉ HACER Y NO PUEDO PERMITIR
QUE NO HAGA NADA

Se quedan varados, atrapados en la arena, no siempre en calma.	263
El buen adolescente cuando se acaba la ESO	266
¿Por qué se detienen?.	268
<i>Ser alternativo, encontrar un sentido, quedarse inmóvil</i>	268
<i>Vivir otra adolescencia, vivir otra escuela</i>	271
Pausa escolar y vértigo social.	272
¿Qué podemos hacer?	275
<i>Conseguir que vuelvan a la circulación</i>	277
<i>No pueden estar parados y solos</i>	278
<i>Antiguos y nuevos compañeros</i>	280
Ideas para las diferentes situaciones.	281
<i>Respuestas para preguntas alternativas</i>	281
<i>¿Vivir a nuestra costa?</i>	282
<i>Aprender en medio de turbulencias</i>	284
<i>Pensar con las manos</i>	285

El consejo orientador cuando se acaba la ESO	286
<i>Pensar la nueva transición</i>	286
<i>No basta con matricularlos</i>	288
<i>Comenzar antes, continuar después</i>	289
<i>Orientar no significa escoger estudios</i>	291

VII. EDUCAR A ADOLESCENTES CON INFANCIAS EN LAS QUE TODO SE ROMPIÓ

Adolescencias adoptivas	293
Considerar las singularidades educativas y los malestares añadidos	295
También son, en primer lugar, adolescentes	298
Sorpresas adolescentes con mayúsculas	299
<i>Buscar la tara y encontrar el fármaco</i>	300
<i>El producto de dosis añadidas de sufrimiento</i>	301
<i>Emancipación y confrontación sin ruptura</i>	302
Dañar y reconstruir la biología del amor	304
<i>Reparar injusticias</i>	304
<i>Cuando el pasado explota</i>	305
<i>Agotadores de resistencias</i>	306
<i>Un viaje de ida y vuelta</i>	307
<i>Ser una persona singular, querida y vinculada</i>	308
<i>Parece que se trastornen</i>	310
La adolescencia lo complica todo y su vida complica su adolescencia	312
<i>Sin herramientas para gestionar el caos de las nuevas emociones</i>	313
<i>No saber amar cuando se descubre que toca amar</i>	314
Atender la singularidad de sus necesidades	317
<i>Reconstruir, aguantar, esperar más</i>	317

<i>Gestionar sin culpa los desastres que afloran</i>	319
<i>Adultos que conservan su paz emocional y ayudan a reconstruir la de ellos y ellas</i>	321
<i>Control y pastillas</i>	323
Epílogo: Eran propuestas para intentar acompañar la felicidad (a veces entre infelicidades)	327
Agradecimientos	333

I

NECESITAN BESOS. PERO POBRE DE TI SI LES INTENTAS DAR UNO

PADRES MENOS DESESPERADOS Y PROFESIONALES MENOS PERDIDOS

Todo escritor aspira a que su libro tenga el máximo de difusión. Yo no soy una excepción. Sin embargo, la principal satisfacción tiene que ver con conseguir que sea útil para las personas a las que va dirigido. En mi caso, para las personas que tienen una vida entretenida con la presencia de chicos y chicas adolescentes. Y, al parecer, *Quiéreme cuando menos me lo merezca...* ha logrado las dos cosas. En mi experiencia como escritor y como profesional que está al lado de los adolescentes y de los adultos, ese libro se ha convertido en una aventura muy especial. De alguna forma, sus páginas han aportado revolución y calma, ambas muy intensas, al universo educativo adolescente.

Como lectora o lector paciente de mis reflexiones, sabes muy bien que no se aprende a educar leyendo un libro, aunque ahora lo estés haciendo. Pero, al mismo tiempo, sabes que te ayudará, porque de vez en cuando quieres sentirte bien siendo una buena madre, un buen padre o un buen profesional, dedicando tiempo a pensar, a imaginar, a intentar saber qué debes hacer o a descu-

brir por qué una determinada forma de actuar que tanto habías planificado no ha acabado de funcionar. Y sabes que quizá este libro, como el primero, te aportará sosiego y creatividad... y que te quedarás con ganas de saber más, de contrastar viejas y nuevas experiencias.

Las páginas que siguen pretenden compartir el balance del itinerario educativo que ha supuesto (espero que también para ti) el primer *Quiéreme...* Comenzaré evitando, una vez más, que me adjudiques el papel de experto consagrado que sabe lo que se ha de hacer sugiriéndote que la manera adecuada de mejorar nuestra capacidad educativa es compartir (con otros padres y madres, con los profesionales, encontrándose así padres *desesperados* y profesionales *perdidos*). De hecho, puedo decir que el primer libro fue una ocasión para el encuentro en clave adolescente. Ha generado grupos de WhatsApp de personas que leían y comentaban el libro en paralelo o tertulias familiares periódicas para reflexionar conjuntamente sobre cómo adaptar formas de educar compartidas durante la infancia a la realidad de unos hijos que habían crecido.

En algunas tertulias o espacios de encuentro a los que he podido asistir, las madres me decían, al acabar, que habían sido «grandes momentos de conversaciones íntimas». El libro ha encontrado madres que lo subrayaban para que el padre, poco lector y no demasiado dispuesto a la flexibilidad, fuese directamente a enterarse de lo que era importante y pudiesen comentarlo juntos. Algunas lectoras reconocían que gracias a él habían encontrado momentos de calma para hablar de los hijos. Quizá habríamos de insistir de nuevo en la dificultad de educar en soledad. Recordar que no existe ningún manual del buen padre o la buena madre, que todo el mundo lo es en la

medida en que no *pase* de sus hijos y, a ratos, se pare a pensar cómo hacerlo mejor y a recordar que su vida adulta y la de sus hijos están ligadas.

BESOS Y PROXIMIDADES

El título fue un buen reclamo y refleja la profunda dualidad a la que nos abocan los y las adolescentes. En todas las charlas he comenzado recordando que los adolescentes necesitan y quieren que les demos besos... pero pobres de nosotros si lo intentamos. ¡Lo único que podemos hacer es esperar a que llegue el momento de fragilidad para intentarlo! Pero lo que quería decir es que debemos ser conscientes de esta necesidad para no sumarnos al rechazo que provocan en otros adultos, incapaces de descubrir las emociones que habitan bajo su arisca piel.

Esta dualidad también tiene que ver con las distancias. Al afirmar que nos necesitan cerca (demostrando afecto..., pese a todo), rápidamente debía añadir que era preciso encontrar la distancia adecuada... ¿Cuál? No tenía ni tengo cinta métrica para medirla. Y volvían las afirmaciones contradictorias. Cercanos para que comprueben que estamos disponibles y accesibles, pero sin que nos vean como una intromisión inaceptable. A distancia para que puedan ejercer su recién adquirida *libertad*, pero no tan lejos que puedan sentir que los hemos dejado solos.

Tanto las páginas del libro como yo habíamos de recordar que son monedas de dos caras, y que pueden ser cara y cruz casi a la vez. Si hablamos de querer, resulta más complicado hacerlo cuando nos muestran la cruz y dudamos de que tengan cara.

RESULTA QUE NO LO HAGO TAN MAL

El libro también ha encontrado mucha gratitud («Un libro que te hace sentir mejor como madre no tiene precio», «No te conozco, pero me ha ayudado mucho y quería darte las gracias»), y ha permitido descubrir que en la educación de los y las adolescentes hay muchos intentos de adultos desconcertados y desesperados, así como demasiadas recomendaciones de manual que resultan inaplicables («Soy madre de un adolescente, me ha encantado hablar contigo, las familias echamos mucho de menos que nos orienten sin estridencias, con calma, ayudándonos a mirar, a entender»).

Desde que a finales de la década de 1980 propuse organizar tertulias de café y pastas entre padres, madres y profesionales, no había encontrado tantas ganas de hablar de otra manera sobre la educación, descubriendo juntos otras miradas. Volví a descubrir que, a menudo, los chicos y las chicas adolescentes están más acompañados que sus padres. Aunque se trata de palabras exageradas, después de uno de los encuentros con motivo del libro recibí un correo que decía: «Infinitas gracias por haber venido ayer a cenar con nosotros. No te puedes ni imaginar cómo disfrutamos y cómo de valientes y positivos nos dejaste. Lo que transmites es muy especial y muy valioso. Cuando te fuiste, todos sacamos como locos nuestras libretas para apuntarnos cosas que nos habías dicho y que nos gustaron tanto que las iremos releendo durante unos cuantos días. Hemos quedado tocados por tu mensaje de optimismo y de confianza». Yo también me quedé tocado, esta y muchas otras veces, al descubrir que un libro, y los diálogos que suscita, pueden servir para construir miradas en positivo.

CONSEGUIR QUE TENGAN BUENA PRENSA, QUE NO SEAN LOS HIJOS DE OTRO

Muy probablemente, parte de la buena acogida que ha tenido el libro se debe a dos circunstancias demográficas que dan a pensar cómo entendemos las vidas adolescentes. La primera es que muchos de los líderes comunicadores actuales tienen hijos e hijas adolescentes. La segunda, similar, es que pasa lo mismo con una parte significativa del profesorado de secundaria. No es lo mismo ser entrevistado de manera impersonal en la radio o la televisión acerca de los problemas que tienen los adolescentes, que hablarle de ello a alguien que hace tan solo un rato ha dejado a un adolescente en casa o que al acabar el trabajo se encontrará con él practicando la adolescencia.

Cuando el adolescente del que hablas es tu propio hijo es más fácil ponerse en su piel, no simplificar los problemas, aceptar que las respuestas son complejas. Ya no se habla de adolescentes, sino de «hijos adolescentes» con cara y ojos, queridos y con sus propias dificultades. Para mí suponía repetir una experiencia que había vivido años atrás formando a jueces y fiscales en torno al tema de la justicia de menores. Siempre se resistían a aceptar la necesidad de entender el mundo adolescente para aplicar las medidas adecuadas. Siempre veían antes al delincuente que al adolescente. Algunos solo cambiaban su mirada al descubrir que estaban hablando de personas que podían ser como su hijo o su hija. Descubrían así el significado de ver primero la condición adolescente antes de pensar en la reacción penal.

En el caso del profesorado existen otras connotaciones. Tener hijos adolescentes y ser profesor o profesora

de secundaria conlleva cierta complejidad, e implica también, para ser buen padre o buen profe, gestionar cierta esquizofrenia vital, una particular escisión educativa. En casa, inevitablemente, te angustias, y la ineludible confrontación se personaliza en ti, que intentas ser una buena madre. En el instituto puedes relativizar, contextualizar, pues no se te estropea ningún hijo y las confrontaciones están diversificadas. Intentas ser una buena profesora, alguien en quien el alumnado pueda confiar. La lectura del libro quizá haya ayudado a situar los diferentes papeles y a descubrir que, a veces, se hace de profe con la irritación cansada de un padre y, otras, hacemos de padres olvidando que esperan de nosotros la confrontación para comprobar si continuamos a su lado. Siempre recordaba el resumen: has de ser un adulto cercano y positivo, con sus variaciones, tanto en casa como en la escuela.

TAMBIÉN LOS PADRES Y LAS MADRES SE REBOTAN

No todo han sido buenas acogidas. También he tenido que dialogar con padres que se *rebotaban* tanto o más que sus hijos. «O sea, que me he de quedar sentado viendo y aceptando todo lo que va haciendo mi hijo. ¡Me he de limitar a mirar cómo hacen el burro!», me decía un padre durante una de las presentaciones. Tampoco faltaba quien insistía en la necesidad de que descubrieran la autoridad y la respetaran mientras fueran *menores*. Más suavemente, alguna madre insistía: «Además de decirnos a nosotros mismos una y otra vez cómo hemos de tratar a los adolescentes, hay que recordar que ellos también pueden poner de su parte». Me costaba hacer en-

tender que un hijo adolescente es alguien a quien enseñamos mientras él nos va diciendo que ya lo sabe todo. Y lo hemos de conseguir sin que nos dé la razón ni las gracias.

Tenía que recordar que la adolescencia es, quizá, el último periodo de *sacrificio* educativo de todo padre o madre en el proceso de cuidado de su hijo desde que era pequeño. Hacer ver que las nuevas *renuncias* (a tener razón, a que los propios argumentos sean los mejores, a esperar demasiados cambios después de la batalla, a no sufrir imaginando los riesgos que no podemos ver, a...) siempre van acompañadas de la felicidad de descubrir la vida de otra manera, de ver cómo se van haciendo cada vez más competentes después de los errores, de comprobar que se puede influir significativamente siempre que se haga con discreción, desde la sombra. Siempre he tenido que repetir aquello de que *comprender* no quiere decir *justificar*, *mirar* no quiere decir *contemplar* impasibles, *descubrir* sus argumentos no quiere decir que no tengamos que aportar los nuestros. No se trata de no decir nada, sino de intentar decirlo en el momento oportuno y de la manera adecuada, asumiendo sin culpabilizarnos (solo reflexionando *a posteriori*) que muchas veces no es posible.

CUANDO COMPRENDER NO ES OTRA COSA QUE MIRAR ACOGEDORAMENTE

El *rebote* también puede venir de su parte. Como siempre, el libro también ha encontrado adolescentes que, *rebotados* por las aproximaciones de sus padres y madres, no querían sentirse *comprendidos*. Creo haber des-

crita en el libro la multiplicidad de situaciones en las que esto es posible que pase, al menos como expresión provocadora. Una de las muchas adolescentes a las que he continuado escuchando me decía: «Mi madre me ha preguntado cómo me podía ayudar y yo le he dicho que dejándome vivir mi propia vida». Ante la desesperación de las correspondientes madres, debía recordar que en muchos momentos comprender no es otra cosa que mirar acogedoramente, escondiendo el miedo y la sensación de fracaso, mostrando interés pese a los bufidos que recibiremos, estando presentes pese a sentirnos inútiles. Ya vendrán tiempos mejores.

Muchos padres y madres se han preocupado siempre de educar lo mejor posible a sus hijos en casa, en el barrio, en la escuela. Pero, de pronto, se encuentran con que estos han crecido y que ya no está claro cómo seguir educándolos en un mundo cambiante que descoloca a todos. Así pues, lo que le pedían al libro era responder a la pregunta: «¿Y ahora qué?». Ahora toca seguir educando y descubrir cómo hacerlo. Durante estos meses, el libro ha encontrado grupos de familias preocupados e implicados en la educación de sus hijos adolescentes, al igual que se preocuparon e implicaron cuando eran niños.

Una madre resumía así este cambio educativo: «Me compré el libro el viernes y ya casi he terminado de leerlo. Me he dado cuenta de muchas cosas [...], como que no estoy acompañando a mi hijo en su adolescencia [...] y otras más. Lo estoy educando con el mismo método que cuando era pequeño». Diversos grupos que habían participado activamente en la escuela primaria de sus hijos tenían pánico de enviarlos a una secundaria en la que las cosas ya no serían igual. El libro ayudaba a pen-

sar que otra escuela secundaria es posible y a encontrar maneras de participar en el instituto del barrio. Parte de la preocupación tenía que ver con lo que denominé «la escuela inevitable e incompatible». Más adelante me referiré a la soledad escolar con la que se ha encontrado el libro.

SIEMPRE SOÑAMOS CON UN POCO MÁS DE TUTELA

Parte de esta crisis educativa ha quedado reflejada en demandas a la administración educativa para poner en marcha *institutos escuela*: escuelas hasta los dieciséis años que puedan dar continuidad al proyecto educativo, manteniendo su correspondiente línea pedagógica en todas las etapas. Se trata de una vieja reivindicación (de la época de la República) que tiene mucho sentido desde el punto de vista de la globalidad educativa y de evitar rupturas, pero que esconde algunas contradicciones. Los padres y madres no dejan de expresar una doble preocupación: por el hijo o la hija, ya mayor pero en una edad todavía *tierna*, y por su propia ubicación en el instituto, donde se sienten un poco perdidos.

En el libro advertía que no es cierto que lo mejor para todos sea hacer toda la escolarización en la misma escuela, pese a que esto tranquilice mucho a los padres, angustiados por los cambios que sufren sus hijos o por la orfandad educativa que puede suponer la secundaria. La secundaria obligatoria puede estar perfectamente separada, ser diferente, pero ha de tener una organización pensada para las transiciones y ser una verdadera escuela adolescente (cuyas características describí en el libro).

El ciclo adolescente de una escuela que también es

instituto no puede basarse en prolongar la escuela primaria. En la honesta preocupación de las familias advertía que la adolescencia siempre es una lucha por abandonar la infancia (incluida la escuela vinculada a ella) y necesita también, por tanto, una escuela que les permita ser diferentes. Necesitan demostrar que lo saben todo, que podemos estar tranquilos porque ya controlan (ahora que no están bajo control).

PRIMERO VEMOS LOS PROBLEMAS.

LAS MIRADAS ASUSTADAS

El libro ha aterrizado a menudo en medio de preocupaciones razonables pero desencajadas. Dicho de otra manera: nos preocupamos razonablemente por nuestros adolescentes, pero centramos nuestras preocupaciones en cuestiones que el adolescente relativiza, mientras que dejamos escapar aspectos educativos importantes. Nuestra preocupación no es la que tiene el adolescente, y la que debería constituir nuestra preocupación educativa, aquello que el adolescente acepta acriticamente, nos pasa desapercibido.

En una de las tertulias con madres y padres, una pareja me preguntó sobre *Élite*, la serie de éxito entre los adolescentes que estaba viendo su hijo. En aquel momento yo todavía no la conocía demasiado y no pude aportar gran cosa. Aun así, viendo cómo reaparecía la preocupación por la violencia y el sexo, tras prometer que la analizaría más a fondo, lancé la siguiente alerta: «Cuidado porque quizá lo que nosotros destacamos de la serie no es lo que a ellos les atrae». Algunos días después, la pareja me envió este amable correo:

Solo a título de anécdota, quería comentarte que, gracias a la conversación contigo, hoy Narcís y yo hemos encontrado la energía para hablar con nuestro hijo de casi trece años, ¡que ya ha visto *Élite*!

Conversación *Élite* (papá, mamá y Xavier):

Papá: Xavier, hemos visto dos capítulos de *Élite*, la serie que has visto. ¿Qué es lo que te ha parecido interesante de la serie?

Xavier: Me ha gustado.

Papá: ¿Qué te ha gustado?

Xavier: Es una serie con mucha intriga. Hay un asesinato al principio, y en cada capítulo se avanza, cada vez con más intriga, hasta saber quién es el asesino. Además hay mucho lujo, ropa chula, peinados chulos... Mola. Me ha gustado mucho.

Mamá: También hay sexo, drogas, maltratos...

Xavier: Eso no me interesa. Paso.

La conversación ha dado pie a que hablásemos de la posibilidad de ofrecerle ayuda en las cosas nuevas que va descubriendo. Ha ido muy bien.

Como no podía ser de otra manera, he visto la serie y me ha obligado a pensar en cómo abordar las nuevas influencias y a escribir sobre los *adolescentes Netflix*. Estas reflexiones han sido incorporadas a diversos capítulos del presente libro. Si lo menciono en estas primeras páginas es solo para volver a advertir de que una mirada asustada no nos deja ver las realidades de los adolescentes, de cómo una lectura solo desde el problema nos esconde aspectos y preocupaciones que son más importantes. Vemos la violencia y el sexo, pero no la intriga. Se nos escapa que quizá el problema de la serie es el estilo y el modelo de vida que propone al adolescente como proyecto personal, como forma de ser: en este caso, el lujo y el éxito por encima de todo como manera de ser feliz.

UN PRIMER FINAL QUE NO SIEMPRE ES EL ESPERADO

El libro también ha generado demandas de respuesta asociadas al descubrimiento, hacia el final de la adolescencia, de resultados que no eran los esperados por los padres o por la escuela. Un día atendí a una pareja que había leído el libro. Se trataba de una pareja sensible y preocupada por la educación, que comenzó la conversación diciendo: «Creemos que estamos perdiendo a nuestro hijo... y queríamos saber qué piensas tú».

El chico, de diecinueve años, acababa de comenzar la universidad sin dificultades remarcables, y el resto de su vida era razonable. Cuando intenté aclarar dónde estaba el problema, me dijeron: «Siempre ha sido muy buen estudiante, sacaba todo sobresalientes... y ahora, en la universidad, simplemente va tirando, ya no estudia tanto, las notas no son las mismas...». Como querían escuchar mi opinión, les sugerí: «Quizá ahora está buscando otras formas de ser feliz». La respuesta de los padres fue: «Sí, tienes razón. El otro día nos dijo que siempre había hecho lo que nosotros queríamos... y que ahora quería vivir su vida».

En el libro había insistido en dos aspectos que, tanto en esta situación como en la que expondré a continuación, reaparecieron. Por una parte, la adolescencia es un momento importante para ir aclarando qué esperamos o qué hemos de esperar de nuestro hijo o nuestra hija. Por otra, es el momento en el que ellos van a ir encontrando su manera de ser, de vivir, de construirse. Cuesta descubrir que tras las primaveras adolescentes llegan sus veranos, a menudo muy diferentes a como los habíamos imaginado. Se hacen mayores y no parece que vayan cumpliendo con aquello que habíamos previsto o imaginado para sus vidas.

Durante un tiempo he ayudado a una chica (cuando comenzamos tenía dieciséis años) que, aparentemente, se complicaba la vida saliendo con un joven que tenía unos diez años más que ella. La alarma de la familia (que había leído mi libro) me pareció en un principio justificada. En nuestros diálogos, en medio de su proceso por ir definiendo cómo vivir intensamente la adolescencia y cómo salir de ella, descubrí (una vez más) hasta qué punto son injustificadas muchas de las alarmas adultas y cómo aquello que en un principio puede ser problemático acaba siendo útil y positivo.

No describiré aquí la complejidad de su vida. Era una chica que estudiaba y continuó estudiando con buenos resultados académicos, pero quería ser ella misma. Quería divertirse y ser feliz, pero también pensar. Se sentía incómoda con las *tonterías* de los amigos de su edad y quería conocer la vida a través de la visión de jóvenes mayores. Los adultos queríamos que continuara con una adolescencia previsible y prevista. Ella pudo descubrir, de manera intensa, la experiencia de amar y sentirse amada. Descubrió, de manera tranquila, la diferencia entre aquella experiencia y la sexualidad insatisfactoria de los *follamigos* que había conocido con anterioridad. Los adultos nos empeñamos siempre en descubrir los problemas, y pocas veces esperamos a ver si, detrás de la apariencia, se esconde una gran posibilidad educativa.

APLICAR PROTOCOLOS Y NO OBSERVAR VIDAS

La tendencia a ver problemas y la pretensión de evitarlos o prevenirlos ha conducido a un constante incremento de *protocolos* y pautas de actuación. Una especie de pre-

tensión permanente de definir los componentes del problema construido para identificarlos en el adolescente que aparentemente no se comporta de la manera adecuada y actuar de acuerdo con la secuencia de acciones previstas. Actualmente, por ejemplo, en la escuela se han de tener presentes un mínimo de siete protocolos. Durante los últimos meses he repetido una y otra vez que soy objetor de protocolos. Resulta que hemos de fijarnos en si invocan a Alá, pero no descubrir si se han enamorado; si respetan al que es sexualmente diferente, pero no si se sienten superiores y desprecian a los otros; si acosan, pero no si están solos o imponen sus normas al grupo o compensan sus malestares; si...

Atendí a una familia que me consultó acerca de qué hacer con su hijo adolescente, que había tenido un conflicto extraño (no aclarado) con alguna compañera de la escuela (privada concertada). Alguna familia se había quejado, la escuela había aplicado el protocolo para no tener problemas y había realizado un cambio de grupo. Nadie habló con el adolescente. Nadie investigó los detalles de la relación problemática ni trató de averiguar cuáles eran las relaciones de grupo antes y después del conflicto. Meses después, el chico fue a estudiar un curso al extranjero. Los padres volvieron a hablar conmigo y me explicaron que, pese a que el nuevo colegio era muy estricto, su hijo estaba bien y no quería regresar, prefería acabar la secundaria fuera. Nunca se aclaró lo que había pasado, pero estaba claro que el chico no quería volver a aquel entorno. Ahora, lejos, se sentía bien, incluso se sentía un buen estudiante.

También es cierto lo contrario. Nuestra mirada de padres y madres preocupados por defender a nuestro hijo puede esconder dificultades que realmente tiene y

que otros nos hacen saber. Estas miradas contrapuestas (por un lado la de los padres que ven *agredido* a su hijo o hija; por otro, la de los padres que no quieren aceptar ninguna mancha en la conducta del suyo) no permiten encontrar la respuesta satisfactoria para los adolescentes implicados. Alguna vez he intentado hacer mediación educativa entre chicos y chicas que se habían excedido en sus aprendizajes sexuales con unos padres que solo querían policía y otros padres que querían reducir todo el problema al hecho de que su hijo sufría un trastorno por déficit de atención e hiperactividad (TDAH).

Hacen falta más miradas abiertas y en positivo. En la preadolescencia, por ejemplo, nos bastaría con dejar que la hija organizase una fiesta de pijamas en casa, comprar una buena dosis de calma y mirar de reojo lo que hacen. En medio de todo el barullo que montan, descubriríamos su fragilidad. Deberíamos realizar una especie de archivo de todas las miradas que reciben durante la adolescencia. Detenernos a pensar cómo son mirados y vistos por el conjunto de adultos que los rodean y garantizar que una parte de todas esas miradas fuese positiva, acogedora. Si repasásemos los cinco verbos que el libro invita a conjugar, recordaríamos que todo comienza atenuando la hostilidad de la mirada.

RADICALES FUERA Y SUMISOS EN CASA

Entre las experiencias de madres, padres y profesionales implicados positivamente en la educación de sus adolescentes que el libro ponía al descubierto había algunas que chirriaban. En diferentes momentos he encontrado padres y madres que querían aplicar pautas abiertas,

activas y autónomas de educación, pero solo en algunos ámbitos de su vida. El resto debía someterse a pautas tradicionales de control.

Recuerdo la experiencia de un chico que iba a una escuela especialmente activa que basaba su proyecto en el *learning by doing* (aprender haciendo, experimentando, descubriendo). La familia estaba preocupada por las experimentaciones no previstas del chico fuera de la escuela (un día, por ejemplo, había organizado una fiesta y habían bebido a escondidas). Cuando los padres quisieron imponer un control rígido, el hijo les respondió: «¡Es que tengo derecho a equivocarme!».

He escuchado a padres que quieren hijos radicales pero que no lean sobre marxismo; a los que les parece bien que sus hijos se apunten a hacer la revolución de moda, pero que no quieren que se metan en problemas; que sean radicales fuera y sumisos en casa, que sean contestatarios con una parte de la sociedad pero no cuestionen la riqueza de la familia, etc. Padres y autoridades que quieren hijos y ciudadanos súbditos que sean revolucionarios a medida. Adultos que han olvidado que la educación de los adolescentes es incompatible con la hipocresía y la incoherencia. Cuando advertía de que los adolescentes trastocan nuestros planteamientos trataba de hacer entender que incomodan nuestra precaria estabilidad adulta, y que no se puede ser moderno solo en lo referente al aprendizaje del sistema de ecuaciones; también tiene que ver con cómo descubren la sexualidad, con cómo expresan su desacuerdo social o con cómo consideran que las mates no van con ellos.